

BLAS MATAMORO, escritor y crítico argentino, afincado en España desde 1976. Es director de los Cuadernos Hispanoamericanos, corresponsal de la revista Vuelta, crítico musical y autor de innumerables trabajos sobre literatura: Saber y literatura (1980), Genio y figura de Victoria Ocampo (1986), Por el camino de Proust (1988), Lecturas americanas (1990). Toda su obra de ficción se ha publicado en Buenos Aires.

Blas Matamoro

Digo yo



EN UNA FOTOGRAFÍA tomada hace medio siglo, aparezco de la mano con mi hermana, ella abrazando a una muñeca negra y yo, con un ejemplar de Pinocho ilustrado por Walt Disney. Estamos en el fondo de casa, en el barrio de Floresta, al Oeste de Buenos Aires. Vamos por una veredita flanqueada de lirios florecidos, en cuyo extremo hay un horno de pan. Se ve ropa blanca tendida a secar detrás de una tapia: el velamen de un barco de juguete, anclado en tierra.

En ese momento mi hermana tiene cuatro años y yo, cinco. Todavía no sé leer ni escribir. La elección de objetos -la muñeca, el libro- es un destino. La letra y la vida. Lo que vuelve y lo que pasa. Ambas permanecen. Nosotros, los que recibimos y damos la letra y la vida, desaparecemos. Ya, en cierta medida, hemos desaparecido, y quedan nuestros fantasmas en la foto, porque siempre las fotos son de fantasmas.

Mi hermana se llama Victoria, igual que mi madre. Con el tiempo, tendrá una hija que también se llamará Victoria. Esas tres mujeres -madre, única hermana, única sobrina- son singulares en mi vida. Invocarlas es imaginar a unas presencias femeninas empujadas por un nombre victorioso. En nombre de la anterior Victoria y de la que vendrá, prefigurada en la negrita de cartón y percal, la victoria me lleva por un camino del que sólo se ve un extremo. Va de la casa al mundo. Yo acarreo al letra. Y más: la historia de un muñeco de madera que se convierte en ser vivo.

Guardo muy escasas imágenes de mi infancia antes de mi llegada al colegio. Mi madre me abandona en un patio lleno de chicos desconocidos que van en busca de la letra. La veo salir hacia la calle, desaparecer con su protección y su infalible presencia. Siento angustia y placer: mi madre se aleja, me libra a mi suerte. Ahora rememoro la escena como mi más antigua sensación de erotismo. Estoy solo ante las letras que debo descifrar. Desde entonces, una obstinada memoria se me va desarrollando y deja en la prehistoria del olvido cinco años de vida.

Por eso retorno a aquella foto, porque reconstruye un mundo disuelto en la amnesia de un tiempo sin letra. Conservo de él, apenas, unos avaros flashes, sin fechas ni localizaciones precisas. Una luz

sofocada dentro de una concavidad de mármol pulido, rojiza y con estrías oscuras, como esas lámparas panzotas de los comedores antiguos. Una fuerza certera me empuja hacia ella. No sé si subo o bajo. La luz aumenta de intensidad, palpita como si fuera carnal, tiene algo de sanguíneo.

Luego: un dormitorio de luz rosada. Unas mujeres me sostienen, me acercan a una cama donde hay otra mujer con aspecto de convaleciente y enseguida me distancia. No toco el suelo. Luego: es mediodía, hay mucha luz. Me caigo sentado entre dos macetas que me atrapan una pierna. No puedo levantarme. Mi padre, inmenso, intenta echarme una mano. Indignado, le ordeno: ¡Déjeme! Mi padre no me impone su auxilio ni me reprende, sino que se ríe y me obedece. ¿Por qué lo trato de usted, como si no lo conociera?

Luego: voy de audaz y solitaria cacería al fondo de casa. Veo una rata muerta, enorme y reluciente, con una piel como las que usan las actrices de cine en sus abrigos, para mostrarse en las revistas. La levanto de la cola y la llevo hasta donde mi madre merienda con sus hermanas. Se me ocurre mi primera metáfora, mi primera heroica mentira de escritor: *¡Un gato morido!*

En estas vagas y escasas viñetas se fijan mis pobres recuerdos de la infancia iletrada. En cambio, puedo reconstruir una visión llena de detalles: una quinta en Monte Grande, a fines de un verano. Una casa con objetos extraños, como sillas con tapizados que esconden resortes, un tanque australiano, un maizal reseco por donde discurren dos muchachas mayores, del bracete. Una prima de mi madre nos lleva a pasear en un break. En uno de sus laterales hay cuatro naipes pintados y, escrito, el nombre de la quinta: *Los cuatro reyes*. Puedo leer la inscripción. Ya sé leer y la letra concita los detalles. Mi vida se hace historia a partir de la letra.

Descubrí la letra antes de ir a la escuela, atraído por su insistencia, por sus repeticiones. Debí ser en el invierno de 1947. Una de mis tías trabajaba en la compañía de teléfonos y me traía unas planillas donde se ordenaban por alfabeto los nombres de las localidades argentinas. En el reverso en blanco, yo dibujaba monigotes. Pero las indescifrables palabras

tenían signos repetidos. Mi madre me dio los primeros nombres y hasta alguna sílaba. La mágica Al saltaba de Álamos a Alberdi y a Alta Gracia. No estaba lejos el día en que podría saber lo que contenían las interminables páginas del diario de la tarde, como que anunciaba la muerte del Mahatma Gandhi, un hombrecito oscuro, de gafas brillosas, envuelto en una sábana blanca y arrastrando una cabra, pero, sobre todo, rodeado por las hormigueantes columnas de las letras. Una tarde memorable, junto a los monigotes, dibujé una A, sólida y altiva como el remate de un chalet. Sí, era invierno porque la estufa de queroseno resoplaba con sus velas de cerámica color crema.

¿Por qué habían matado a Gandhi, por qué se mataba la gente? En el envoltorio del chocolate que mi madre disolvía en leche hirviendo -el truco recibía el nombre de submarino- había un par de soldados peleando. Uno mataría al otro. La propaganda explicaba que, comiendo aquel chocolate, los Aliados habían ganado la guerra. Veo el duro cacao disolviéndose en la leche y tiñiéndola con su nube borrascosa. Leo la propaganda y me quedo con la muerte descrita por la letra.

Mi madre era maestra y tomaba alumnos en casa para ajustar presupuesto familiar siempre flojo. No obstante, cuando empecé el colegio aún no tenía alumnos y me vigilaba los deberes. Yo tenía una maestra particular para mí solo. Era después del almuerzo. La mesa se despejaba de migas y trastos y quedaba lisa como una pista de baile. Obediente, yo me lavaba las manos y, con los dedos perfumados de jabón, me ponía ceremoniosamente a cumplir los deberes. Yo repetía palotes, fósforos y bichitos de San José sobre los renglones. Mi madre sonreía, iluminada. Sobre el toldo del patio daba el sol de la tarde y exaltaba sus listas blancas, anaranjadas y verdes. A medida que yo llenaba los renglones, el mundo se coloreaba con fuerza. Algunos dibujos se escapaban de la línea. La literatura siempre se escapa de las líneas.

Cuando me pongo a escribir, reproduzco aquella escena: a solas, mi madre, la letra y yo. Todo un poco litúrgico, las manos limpias, la mesa desnuda y el papel ciego y mudo, o la hoy ciega y muda pantalla, con invisibles oídos atentos. Por encima del hombro,

mi madre me pide en silencio que haga buena letra, aunque me zafe de los renglones. Quizá por ello he preferido siempre escribir a máquina o, ahora mismo, en ordenador: la mejor letra es la letra del otro, la caligrafía infatigable de ese intruso encantador que brinca en la escritura, como surgen los gnomos de las setas mágicas o el pájaro profeta entre el follaje del árbol de oro. Invocaciones maternas que hacen decir a las letras lo que ellas no dicen: la jitanjáfora de la nana.

A los nueve años, empecé a escribir una novela de piratas, con viñetas incluidas. De momento está inconclusa. Recuerdo las ilustraciones, de colores valientes, seguramente inspirados por las películas en technicolor. En esos años, el cine se hacía normalmente en blanco y negro (cuántas veces lo añoro, advirtiendo la trivialidad del colorido televisivo que se malgasta en el cine actual) y sólo aparecía el color en las películas históricas, de asunto fantástico o ambientes exóticos. Venían al final del programa y los tonos chillones. De la historia que intenté contar sólo retengo que un señor respetable, acompañado por su hija, hacía un viaje por el Caribe, donde solía aparecer un temible pirata. Hoy se me ocurre que, como en tantos ejemplos clásicos, planeábamos con mi hermana escapar de casa hacia lugares de fábulas. Yo hacía de padre sustituto. La vida no habría de ser algo muy distinto.

No sé cuándo ni por qué desistí del plan. Sé que lo suplanté por tareas enciclopédicas: copiaba mapas y biografías que ordenaba por alfabeto, como aquellos nombres de las poblaciones argentinas. Debí sentir el deber de aprenderlo todo, todo lo que ya había sido averiguado y estaba encerrado en los diccionarios y las enciclopedias.

Al mismo tiempo, enseguida imitado por mi hermana, me puse a coleccionar sellos postales. Quería reunir todos los del mundo, incluidos los que habían impreso los países desaparecidos, como el Imperio Austrohúngaro, el reino de Annam o Manchuria. Sobre todo me fascinaban estos últimos, con sus límites ya inexistentes en los viejos mapas, sus banderas desaparecidas y sus príncipes destronados. Me quedó de esos días el gusto por el pasado concluso y seguro de sus fronteras, lo que se puede contar del principio al fin. Y también, un sabor de copia tardía, de apócrifo y deformación. Hacia mis

trece años, cuando empecé la Escuela Normal y me puse las pantalones largos, trasladé mi avidez clasificadora a las bibliotecas. Aún hoy, cuando me toca recoger algún depósito de libros, lo hallo poblado por las páginas que todavía no he leído.

Poco a poco, las letras que pude descifrar me llevaron a las páginas que pude leer y a los libros que habían sido escritos para mí. De ahí en más, sólo quedaba dar el salto hacia el mundo que, también para mí, había sido creado. Pero esto excede el dominio de mi madre, la mesa donde día a día, con su mediación confiada y tierna, me adueñé de la letra. El mundo empezaba en la puerta de calle, por la cual cada mañana salía mi padre hacia lugares desconocidos: la Boca, Barracas, Puerto Nuevo, la Isla Maciel, Avellaneda. Los nombres del mundo. Annam, Manchuria, Montenegro: lugares donde la gente cerraba sobres llenos de letras misteriosas y en cuyo exterior pegaban sellos con letras extrañas, con caras de ceñudos reyes cubiertos de coronas y mostachos.

Dejo un rato a papá en su puerta del mundo y doy un rodeo para volver a él en su punto.

Descubrir la letra no fue, de un modo automático, descubrir la literatura. Este segundo descubrimiento vino poco después. No cuento lo que todos los chicos han hecho y siguen haciendo, que es aprender de memoria, a veces sin saber lo que dicen y farfullando en la media lengua del aprendiz de hablante, las canciones que escuchan en los mayores o por la radio o la (entonces aún inexistente) televisión. Mi *clou* era un tango que frecuentaban dos tías solteras y milongueras, *El nido gaucho*, que todavía me sé de memoria pero que no retengo como la revelación de la poesía que ocurrió tiempo más tarde.

Tenía yo seis años. La maestra había faltado y nos repartieron por las aulas. Me tocó ir al sexto grado, donde estaban los mayores de la escuela. El profesor les estaba enseñando a memorizar, casualmente, otro nido, *El nido ausente* de Leopoldo Lugones (¿Casualmente? ¿Era casual que retuviera poemas relativos al nido, a esa edad en que empezaba a dejarlo por la escuela? El machaconeo de los versos repetidos y el aburrimiento de la inactividad me hicieron aprender de memoria el poema de don Polo. Desvío: a la vuelta de los años, agradezco al azar este regalo: Lugones es el inventor de la poesía argentina.

Sólo ha quedado en la rama
un poco de paja mustia
y en la arboleda, la angustia
de un pájaro fiel que llama.

Vuelto a casa, le solté a mi madre la letra íntegra. Nunca sabré bien por qué corrió a lo de un vecino cuyo hijo cursaba el sexto grado y le pidió el cuaderno. ¿Quería controlar que yo hubiese aprendido correctamente la pieza o sospechaba que la había inventado, enmendando la plana a Lugones? Esta última fantasía me persigue y me halaga. ¿Quería ya entonces mi madre que yo fuera un escritor notorio?

Al año siguiente, 1949, nuestra aula estaba junto al salón de música, donde los chicos mayores ensayaban *El aguacero*, un tango de Cátulo Castillo, de familia lufoniana, cabe agregar hoy. Más que las tablas de multiplicar, me atraía el canturreo de aquellos versos, hasta llegar a dos que me dejaron contento y perplejo, como nos deja siempre la poesía:

El viento de la cañada
trae gusto a tierra mojada

¿Por qué ese viento traía gusto y no olor a tierra mojada, como era normativo decir? ¿En qué país el viento tiene sabor? ¿Quién sería el viajero que había llegado a aquel país y vuelto de él para contarlo?

Vuelvo a mi padre, porque si mi madre sigue personificando para mí la escritura, mi padre personifica la lectura. Suyos eran casi todos los libros que había en casa, algunos exóticos (una edición protestante de la Biblia, traducida por Cipriano de Valera, unas historias de patriarcas y profetas también editada por herejes norteamericanos, la prohibida *Afrodita* de Pierre Louys, divulgada por el atrevido Blasco Ibáñez) y otros canónicos (los libros de Sarmiento, cuyos *Recuerdos de provincia* contaban, de alguna manera, la historia de las familias argentinas sin padre). Mi padre había escrito una novelita breve, que guardaba dactilografiada, y en 1956, durante un viaje al Sur de Chile, redactó un diario que me regaló como una confidencia y que ahora descifro como una frontera: hasta aquí llegué, sigue adelante.

Mi vocación de escritor es infantil. Digo que es y no que fue, porque hay algo de juego, de descolocación de la palabra recibida, y mucho de

candor infantil, en el acto de escribir, por más que los años traigan oficio, reflexión y hasta puede que un poco de cultura. Y al decir vocación no digo, me parece, más que dos cosas: dedicación obsesiva y obediencia a una voz que, no por ser enigmática, deja de ser fiable y veraz. Me veo escritor en aquella foto de principio, con la fábula de Pinocho aferrada por mi mano: el muñeco de madera se torna una criatura viviente. El escritor es, a la vez, Pinocho y Gepetto.

La escena en que me instituyo escritor atañe a mi padre. Éste se dedicaba a comprar y vender madera (madera, materia: de nuevo, la materia prima de los carpinteros como Gepetto). Guardaba en un armario con puertas de vidrio celadas de una tela marrón, sus papeles comerciales con su membrete donde su nombre figuraba al lado de unos troncos y unos fumazos: "Esteban Atilio Matamoro, maderas en general". Era un mueble oloroso a viruta fina, pulido y relimpio, que yo a veces abría y husmeaba. Un día decidí violarlo y desocuparlo. Llamé a los chicos del barrio y les regalé todos aquellos papeles, que mi madre, descubierto el delito, recuperó con cierta desesperación, de modo que don Esteban no sospechara nada al volver a casa.

Quise, evidentemente, quitar el nombre de mi padre del papel impreso, porque allí yo instalaría el mío propio. Yo envidiaba el privilegio paterno: imprimir su nombre en los papeles, a la vez que reconocía el lugar donde habría de ir el mío. Fue mi puesta en escena del complejo de Edipo, si se quiere, quitar a papá del lugar que yo ambicionaba, para ponerme como legítimo sucesor del apellido. En efecto, años después completé la maniobra, cuando empecé a escribir en una revista escolar donde, a fin de desorientar a los profesores, usábamos pseudónimos. Elegí el de Blas, en homenaje a mi filósofo favorito, Pascal, al que sigo fiel como él mismo me sigue fiel en su angustioso cristianismo jansenista y antijesuitico: invocar a un Dios imprescindible e imposible. Un cristianismo que no es la teología atea de la Compañía ni el culto al pobre como pueblo de Dios, cosa de franciscanos. Deísmo de un Dios ausente: religión de escritores: literatura. Religión del abandonado Hijo del Hombre, el Cristo que es hermano de todos los seres humanos, de la especie huérfana y fraterna.

La escritura, pues, reúno a mi madre y a mi padre, juntándolo en un lugar que no es la escena

prohibida, la cama donde me engendraron, sino la unión simbólica de la voz materna y la letra paterna. La fórmula es armoniosa. La tarea, bastante menos, pues se trata de una búsqueda del lugar inhallable, para siempre perdido, donde alguna vez estuvimos todos juntos. El triángulo que simboliza la perfección. Si consiguiera diseñarlo, mi escritura se anularía. La deriva la hace posible como devenir, siendo imposible como ser.

¿Dónde y por qué se habían unido Victoria y Esteban? Diría que en el lugar de un padre muerto, doblemente muerto, que había de ser resucitado por el encantamiento crucial de la vida: el hijo.

Mi madre era, como tantos argentinos de la época, de origen inmigratorio. Su padre, Cayetano Rossi, lombardo, había llegado a Buenos Aires de chico y trabajado duramente llevando hacienda a los mataderos o haciendo de matarife. Logró cierta fortuna y murió con poco más de cuarenta años, dejando una media docena de hijos entre adolescentes y niños. Desde entonces, la economía de los Rossi fue decayendo sin remedio y, al nacer yo, veinte años después de muerto mi abuelo, sólo quedaba de ella una memoria idealizada. La vieja casa donde colgaban cenefas de terciopelo era un inquilinato y mi madre recordaba, casi siempre de modo furtivo, los paquetes de dinero que mi abuelo guardaba en los roperos, atados con piolines (cuerdas de esparto), las joyas empeñadas y perdidas, el último y melancólico lujo: un año en las sierras de Córdoba para curarse una lesión pulmonar, románticas fotografías de una muchacha bella, hipersensible, siempre perseguida por la sombra de la enfermedad pero que, como suele ocurrir, se acomodó serenamente junto al mal que habría de matarla, en el invierno de 1972.

Este perdido esplendor -ser los más ricos de un barrio occidental de Buenos Aires donde la ciudad se desdibujaba entre las primeras quintas y chacras de la llanura- me atrajo con el misterio un tanto gótico del caserón descuidado y lleno de extraños. Me quedé cierto gusto por la vejez decadente que prueba, a pesar de los embates, su buena materia, un gusto por lo que ha logrado perdurar, por lo clásico, por lo que tiene un género definido aunque sea mixto y ambiguo, y la correspondiente desconfianza por la novedad.

Lo más fuerte de aquella prehistoria materna era la evocación de las funciones de ópera en el teatro Colón, porque las voces de aquellos seres fabulosos que lograban proyectar sonidos extraordinarios con unas gargantas como las de cualquiera, solían aparecer por la radio y mi madre las reconocía. Esta es Claudia Muzio, este es Georges Thill, esta es Lily Pons, este es Tito Schipa. Entre las muchas calidades mágicas de mi madre estaba la de haber pasado cerca de esa fauna bella y monstruosa, cuya exploración me ha ocupado desde entonces.

Por el lado materno, entonces, el fantasma del abuelo asociado a la esfumada riqueza, ese padre que mamá había visto morir cruelmente de una gangrena pulmonar en pleno romance adolescente, exigía reencarnarse y restaurar el extraviado prestigio de la familia. La apuesta de mamá no fue la vulgar, buscarse un novio con plata, sino imaginar que el trabajo y la cultura, las dos aspiraciones clásicas de clase media decente argentina, cumplirían su tarea.

Desde entonces, la palabra *antes* define mi pequeña vida y la vida mayor de los argentinos. Todo había ocurrido en un fabuloso País del Antes: un país de precios estables, de gobernantes cultos, de almacenes repletos de productos europeos, de habitantes limpios y educados en casas confortables y austeras. Ese País del Antes había desaparecido con la llegada de Perón. Y era mucho más: el país donde yo no había existido y que ya nunca iba a existir para mí, el inconcebible mundo donde yo era una ausencia, donde yo no era.

A la vuelta del tiempo, se ha convertido en el País del Después: el inconcebible mundo donde no estaré. Me ha quedado de esa magia perversa, de ese culto al Antes, la fascinación del pasado, del objeto antiguo cuyo tiempo es intocable, aunque podamos tocar su materia. Gusto, sobre todo, de los libros usados, libros de buquinistas y de bibliotecas públicas, libros perdidos en la calle u olvidados en las bohardillas, libros que atesoran miradas que no podemos identificar y que han dejado sus huellas dispersas: un subrayado, una anotación, una marca digital de tabaco o de café, una flor seca, el recorte de un periódico con un anuncio teatral, una cartulina con un número de teléfono para llamar a nadie. Libros con dulce olor de papel viejo, o con perfumes de una tarde húmeda que no acepta fechas, con cubiertas

abrilantadas por el sudor de manos anónimas, de vidas disueltas en lo desconocido.

Victoria podía haber elegido un marido estándar. Era una joven guapa y educada, con un especial poder de seducción, convincente y dulce. Pero no, se puso de novia con un tipo raro que tardó veinte años en casarse con ella tras una ruptura que no logró persuadir a ninguno de los dos.

Un par de escenas cercanas a mi nacimiento dibujan bien a mi madre como tal y mi destino como hijo suyo. Pocos días antes del parto, se subió a una mesa para limpiar unas bombillas eléctricas y la tabla se hundió, quedando atrapada en el cerco. Mejor dicho: quedamos atrapados los dos.

¿Fue involuntario el descuido o una prueba de omnipotencia? Desde entonces me ha quedado cierta aprensión a las enfermedades de garganta, a la asfixia, a los estrangulamientos. He estudiado canto y me he ensayado en la elocuencia improvisada, sin duda, para probarme que no me quedo sin aliento ni sin voz.

El 11 de enero de 1942, cuando yo estaba dando muestras de querer asomarme a este mundo, mi madre invocó al fantasma de mi abuelo y pidió que se reencarnara en el hijo que estaba por nacer. De modo que creyó decidir mi sexo y el renacimiento de su padre, que estaba/estábamos dentro de ella como un amante. Me impresiona la astucia todopoderosa de esta invocación materna, porque carga mi llegada a la vida con misiones y con historias difíciles de resolver. Tal vez no haya biografía sin estas complicaciones, pero las más son, obviamente, para mí, únicas: las que me señalan como autor de una existencia aceptada por casualidad. Lo cierto es que mi madre me trató siempre, a la vez, como a su hijo y a su padre, dos personajes que se había inventado para inventarse, aunque quien recibió más claramente el mensaje fue mi padre, al llevarme a inscribir en el Registro Civil y advertir que no habían decidido para mí ningún nombre de familia. Añadió el de Cayetano. Con el apellido forma un verso octosílabo, el característico de la economía romanceada del castellano. ¿Ya tanta literatura?

Sí, y tanta. Muchos años más tarde, hojeando los poemas de *San José de Flores* de Baldomero

Fernández Moreno, encontré uno titulado como la esquina de la casa donde nació, "Rivadavia y Olmos". Baldomero, que era médico, había tenido su consulta por allí, hacia 1917, y consideró que aquel anodino rincón porteño merecía unos versos, casi tan anodinos como su asunto, apenas porque en los alrededores, por peregrina ocurrencia municipal, había unas cuantas calles con nombres de escritores: Leopardi, Lope de Vega, Moreto, Virgilio, Victor Hugo, etc. Inopinadamente, pues, la literatura me rondaba más de la cuenta y ya un cuarto de siglo antes de nacer, en esos versos del poeta por excelencia de los barrios modestos y descoloridos de Buenos Aires.

En cuanto a mi padre, era el noveno hijo de un matrimonio de asturianos, que habían emigrado a la La Plata, retornado a Gijón y reemigrado a los campos porteños. Supongo que no se avenían muy bien y se acabaron separando apenas nacido Esteban. Siendo un chico de doce o trece años, volvía del trabajo una tarde y halló en el patio a un hombre que su madre le señaló como su padre. Este, Isidro Matamoro, iba a morir el mismo año que mi otro abuelo, en 1922 y también dejando una esquina memorable y perdida: un ancho almacén (negocio de ultramarinos) que ahora ocupaban los pertinentes extraños.

Pero, en lugar de idealizar la imagen del padre muerto, que aparecía en algunas fotografías de nuestra casa, como había hecho mi madre, papá odiaba a su padre y no le disculpaba el abandono y el desprecio consiguiente que lo señalaba de por vida. En efecto, creo que nunca logró compensar esta minusvalía, que no es poca, y veo su conflicto con la figura paterna (que jamás conocimos: mi abuela, seguramente, había eliminado los retratos de don Isidro) muy magnificado en sus elecciones políticas: su amor encendido por Hipólito Yrigoyen y su odio equivalente por Juan Perón, los dos padrazos de la dirigencia argentina en el siglo XX.

Con Yrigoyen, además, tenía una pequeña historia particular de especial efecto, sobre todo para un muchacho como él. Cierta mediodía, quizá de 1920 o 1921, saliendo de su trabajo en la Aduana, advirtió que un coche disminuía su velocidad y le cedía el paso para cruzar el Paseo Colón. Al agradecer el gesto, identificó al pasajero: Yrigoyen, entonces Presidente de la República, quien, como era su cos-

tumbre, se quitó el bombín y saludó al muchacho, a pesar de sus pantalones cortos. Demás está decir que cada mediodía mi futuro padre se quedaba esperando el coche del Presidente, el cual insistía en su homenaje al ciudadano anónimo. Papá quiso a don Hipólito como tantos argentinos de origen inmigratorio, como el padre que le protegía en tierra extraña. En cambio, a Perón lo odió como a un intruso y un padrastro usurpador de rangos, tal vez como odiaba a su propio padre.

De tal modo Victoria y Esteban cargaban con los fantasmas de sus padres. Uno excesivo y el otro, deficiente, se compensaban. La fuerza de mi madre era viril y su protección se halagaba en contar con una pareja más débil y dependiente de su clan. Los Rossi eran una tribu apiñada y los Matamoro, unos taifas de malas relaciones. La leyenda de un abuelo también equilibrada, para mí, la del otro, como la figura bondadosa y decente de Yrigoyen con la maligna y depravada de Perón. Cuando mi madre quería reprendernos y enarbolar la ley, solía decir "A papá no le gusta eso", pero creo que pensaba en su propio padre, inmortal y potente, y no en el nuestro, que eludía a menudo ocupar su lugar y prefería callejear y quedarse hasta las tantas jugando al dominó con sus amigos del café, como un solterón. No obstante, las maniobras imaginarias de mamá instalaron en casa una presencia paterna fuerte. Con todo, nunca tuvimos vivienda propia y siempre convivimos con los hermanos solteros de mi madre y hasta con la hermana que se casó en último término. Nuestra casa era siempre la de los Rossi, centrada en el mostachudo personaje de la *belle époque* cuyos prestigios debíamos recuperar. El abuelo fantasmal era el rey del País del Antes.

¿De dónde proviene mi temprana ligazón con la escritura? Es probable que en estas cosas el azar o la genética tengan su influencia. Como no entiendo nada del uno ni de la otra, prefiero contar una historia, al menos una historieta.

Por parte de ambos padres, había un pasado que salvar e inventar, por mitades. Un lugar que la sociedad nos tenía destinados, a mi hermana y a mí, y que debíamos conquistar y hacer reconocer. La escritura era un vehículo excelente: salvación de lo efímero, invención del pasado, prestigio de la letra

en un mundo semítico de Letra Revelada. Mis estudios -el magisterio, el derecho- y mis aficiones -leer, escribir, explorar idiomas- fueron hacia la letra. Y también los de mi hermana, que se ha dedicado a la enseñanza con distintas orientaciones. Mi madre impartía la letra, mi padre la suscribía. Imaginariamente, es su punto de encuentro, en mi interior, y con una proyección hacia afuera.

Desde el fondo de la casa, de la cual salía apenas lo indispensable, mi madre mentaba el mundo. Mi padre, por el contrario, se echaba a la calle y lo recorría. Seductora y elocuente, mi madre es italiana. Mezcla de déspota y anarquista, mi padre es español. Esta polaridad llama a la conciliación. En ocasiones la lograron, como casi todas las parejas. A veces me parece que la consigo yo también. Releyendo mis textos, suelo encontrarme con una fuerte tendencia a la disociación, a la bilateralidad, a la simetría, a la escisión, y a las sugerencias que esta esquizoidea plantea, para evitar la suprema dispersión esquizofrénica: síntesis, androginia, unidad de contrarios, eso que los alemanes llaman *versöhmen* (conciliar) y cuyo étimo *Sohn* significa hijo. Cuando la casa me sofoca, me lanzo a la calle: en cada esquina papá me promete una aventura. Cuando me punza la nostalgia, vuelvo a casa, donde mamá ha estirado las sábanas y preparado la cena. En la pantalla les muestro los deberes hechos con buena letra. Escribir es la intimidad que se dispersa en la calle, donde la intimidad de los otros, dispersa por la calle.

Redacto estas páginas en Madrid. Aquí vivo hace veinte años. Es una ciudad donde ellos nunca estuvieron y donde, sin embargo, están sus letras, su casa, sus calles. A veces, recorriendo los pueblos de Asturias -Luarca, Noriega, Santiago, Navia, Colombres- veo las torres de los indios, los caserones que edificaron, para lucir sus fortunas, los emigrantes que volvían de América. Ni los Rossi ni los Matamoro juntaron lo bastante para sus torres de indios. Buscando un sentido al cuento, como aquella A que parecía un chalet, pongo mi letra en lugar de la torre, porque Babel, donde están todas las letras, también era una torre. Inacabada, en busca de algo evidente e intangible, el cielo. Digo yo.